

Cuentos inéditos

Cristian Perfumo

EL HOTEL DEL FIN DEL MUNDO

—Se registró con un nombre falso. Julián Bellido —me dice Palito señalando en la pantalla de su computadora portátil al hombre que abre la puerta de la suite 401.

—A nosotros nos da igual. Sabemos que es él —le respondo.

El hombre deja pasar a la mujer que lo acompaña y cierra la puerta tras de sí. Le ayuda a quitarse el abrigo, y lo cuelga en un perchero. Hace lo mismo con el suyo. Después, sin pronunciar palabra, abre la botella de champán que pidió que le subieran a la habitación y sirve dos copas.

—No está mal la minita que eligió —aporta Palito.

—Nada mal —agrego—. Quizás demasiado parecida a su mujer, ¿no te parece?

—Tiene un aire, sí, sobre todo la cara. Pero no hay comparación. Ojo, que no digo que la esposa no esté buena, pero esta... este cuerpo es otro nivel.

La pareja brinda, prueba el champán y se sonríen el uno al otro. Mi mirada alterna entre la pantalla y la puerta de la pequeña sala donde estamos. Si esa puerta se abre y alguno de nuestros compañeros de trabajo nos descubre, tenemos tres segundos para cerrar la computadora de un manotazo. Si tardamos más y la persona que entra logra rodear la mesa, estamos en el horno.

—Un día tenemos que ver algo así pero en vivo, Alfredo —me sugiere mi compañero.

—¿Ah sí? ¿Y cómo vas a convencer a los huéspedes para que hagan coincidir su diversión con nuestro descanso? Ya sé: «Bienvenidos al hotel Fin del Mundo, uno de los más exclusivos de la Patagonia. Recuerden que toda actividad sexual, ya sea coito, felación o cunnilingus sólo podrá tener lugar durante los períodos de veinte minutos en los que nuestros empleados tienen descanso y se pueden dedicar a observarlos mediante las cámaras instaladas por ellos mismos. El desayuno se sirve de siete a once de la mañana. Que tengan una excelente estadía.»

Palito estalló en una carcajada, aunque sus ojos no abandonaron la pantalla en ningún momento.

—Me refiero a que ojalá alguna vez enganchemos a una pareja en vivo. No me vas a negar que tendría mucha más emoción saber que lo que vemos está pasando en ese momento.

—Ustedes los jóvenes y la puta costumbre de querer todo ya —protesté—. Esto pasó hace apenas dos horas, es prácticamente lo mismo. Como cuando ves un partido en diferido: mientras no sepas el resultado, todo bien.

—En este caso el resultado está bastante claro. Mirá, mirá. Ahí brindan por segunda vez. Qué lástima que la cámara no tenga audio. Seguro que le está diciendo «por una noche inolvidable» o alguna boludez así.

—Para ella seguro que va a ser inolvidable. ¿Sabés la guita que le debe cobrar al presidente de un banco?

—A lo mejor no sabe quién es.

—Seguro que sí. Estas minas pueden oler la guita...

—Mirá qué romántico el tipo —me interrumpe Palito—. Besito en la mejilla. Al final resultó ser un galán. Upa, la manito de ella un poco traviesa, ¿no?

—Sí, pero te apuesto lo que quieras a que él no le va a dejar manejar los tiempos. Sabía. Mirá como le aparta la mano. Como cuando le querés tocar una teta a tu primera novia y no te deja.

—Yo si estuviera con una hembra así, ni en pedo le aparto nada. Meteme mano, mamita.

Sonríó ante el comentario. Palito me hace acordar a mí hace veinte años. Debe ser por eso que le agarré tanto cariño al pibe. Y a juzgar por la manera en que me pide que lo aconseje cada vez que tiene un problema en el trabajo, y a veces afuera, yo diría que él a mí también me quiere.

—Está bien que le ponga un poco el freno —le explico—. La quiere disfrutar sin apuro. Andá a saber los malabares que tiene que hacer un tipo como él para librarse un rato del laburo y de la familia.

—¿Ah sí? Mirá cómo se puso el que se la toma con calma. Si al final, de carne somos.

Ahora el tipo se saca la ropa con desesperación, alternando entre quitarse una prenda y besar a la mina en la boca.

—¿Cuánto te parece que le podremos sacar? —me pregunta.

—Y... en el video se nota clarito que es él. ¿Cuanto ganará el presidente de un banco?

—No sé. ¿Un millón de dolares al año?

—¡Ni en pedo! Es el presidente del Banco Austral de Comodoro Rivadavia.

—Por eso. Es el más grande de la Patagonia.

—De la Patagonia. No de Suiza.

—A ver vos que sabés tanto entonces. ¿Cuánto gana este tipo?

—Ni idea. Pero le pedimos el sueldo de cuatro meses. Dos para vos y dos para mí.

—¿No será mucho? Al último le pedimos apenas un sueldito de maestro.

—Porque era maestro.

El dedo huesudo de Palito se clava en la pantalla.

—¡Ah, bueno!, ahora sí que está a mil el amigo —comenta—. Chau vestido rojo. Uy, mirá lo que es eso. Está

como cañón esa mina.

—Esas piernas tienen gimnasio.

—Tremenda.

Palito se agarra la cabeza, cierra los ojos y niega sonriendo.

—¿Qué te pasa?

—Ojalá Marcela tuviera ropa interior así.

—Y comprásela, boludo —le sugiero.

—Nah. Me da vergüenza.

—¿Vergüenza? Si vos de eso no tenés.

—Es que recién empezamos. No la quiero espantar.

Miro de nuevo la puerta y, tras comprobar que no viene nadie, me tiro hacia atrás en la silla, haciendo equilibrio sobre las patas traseras. Palito será muy bueno para la tecnología pero de la vida no sabe absolutamente nada. Lo contrario a mí. Quizás por eso nuestra sociedad marcha sobre ruedas.

—Con más razón —le explico juntando las yemas de los dedos—. Ahora es el momento de establecer las...

—¿Qué hace? —me interrumpe—. ¿Para qué le tapa la cara con la almohada, si es un bombón?

—A lo mejor le hace acordar a su mujer y se siente culpable.

—Che, me parece que la mina está pataleando.

—Uy, la puta madre. ¿Qué está haciendo el boludo este?—. Ahora soy yo el que se agarra la cabeza.

Mudos frente a la pantalla, seguimos con la vista las piernas de la mujer. Los segundos, o quizás minutos que siguen se nos hacen eternos. Cada patada es más lenta. Cada sacudida tiene menos energía. Al final, apenas se perciben pequeños espasmos en las puntas de los pies.

—¡Se dejó de mover! —grita Palito y busca en sus bolsillos hasta encontrar el teléfono.

—¿Qué hacés?

—Llamar a la policía.

—Pará, boludo —le digo, arrebatándole el aparato de las manos—. Si se enteran de que ponemos cámaras en las habitaciones, nos rajan del laburo.

—Qué me importa el trabajo ahora. Capaz que sigue viva y todavía estamos a tiempo de ayudarla.

—Palito, esto pasó hace dos horas. Mirá, el tipo se está vistiendo. Seguro que ahora agarra sus cosas y se va.

Efectivamente, el presidente del Banco Austral ya está caminando de arriba abajo por la habitación. Primero limpia las copas con un pañuelo. Después se viste y enfila hacia la puerta. Por la forma en que se mueve, no me queda claro si lo que acaba de pasar es un accidente o algo premeditado.

—Vamos a la habitación, entonces. Capaz que la mina sigue ahí.

—Seguro que sigue ahí —le digo.

—Tenemos que hacer algo, Alfredo. Si no, mañana a la mañana cuando Marcela entre a limpiar, se la va a encontrar.

Empujo un poco a Palito para quedarme frente a la computadora y abro el programa de control de las cámaras. Hay varias imágenes en miniatura, una por cada habitación, y también un montón de botones que no tengo ni idea de para qué sirven. Selecciono la suite 401 y después de un par de segundos se abre una nueva ventana en la pantalla. La imagen que contiene ya no es una grabación, sino un *feed* en vivo. Maximizo y vemos que la mujer sigue ahí, en la misma posición que cuando el tipo le quitó la almohada de la cara.

—No podemos ir, Palito. Esa mina está muerta y ya no hay forma de ayudarla.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Aprovechar la oportunidad —le respondo sin quitar los ojos de la imagen del cuerpo inmóvil sobre la cama—. Todo esto tiene un lado positivo.

—¿Lado positivo? ¿Te volviste loco, Alfredo? Acaban de matar a una prostituta en el hotel y nosotros no hicimos nada para ayudarla.

—¡Lo vimos dos horas después! ¿Qué carajo podíamos hacer para ayudarla?

Entonces sí me giro para mirar a mi compañero. Tiene los ojos perdidos en un punto en la pared, la mandíbula le tiembla y niega con la cabeza sin parar.

—Palito, pensá un poco. Si el tipo acaba de matar a una mina, ¿sabés la guita que le podemos sacar con este video? Ahí sí que son millones. Le hacemos robar su propio banco si queremos.

—¿Millones? ¿Vos decís?

Palito me mira a los ojos. La mandíbula todavía le tiembla, pero su cabeza ha parado de negar.

—Claro, mostro. Vos quedate tranquilo que esto lo manejamos como siempre. Vos ya hiciste tu parte —dijo dándole una pequeña palmadita a la computadora—. Ahora me toca a mí.

Sin que ninguno de los dos pronuncie palabra, Palito copia el video en un *pendrive* y lo pone sobre mi palma extendida. Mientras me lo guardo en el bolsillo mi cabeza empieza a redactar la carta que lo va a acompañar. Aunque tampoco es que haga falta ser un poeta. Basta con incluir la frase “Si no me das tanto, mañana esto está en Youtube”.

—Va a salir todo bien, Palito. Ahora lo importante es mantener la boca cerrada.

Le pongo una mano en el hombro y asiento con la cabeza. Después saco mi teléfono y miro la hora.

—¿Ya son y veinte? —pregunta.

—Faltan dos minutos.

Palito apaga la computadora y la guarda en su *locker*. Salimos juntos de la sala de descanso para el personal y nos dirigimos cada uno a su puesto de trabajo. Yo vuelvo a ser conserje y Palito, acomodándose el gorro, se convierte una vez más en botones.

Sonrío. Hoy es nuestro último día como empleados del Hotel del Fin del Mundo.

LA INUSUAL TUMBA DE SOLEDAD

Aunque Soledad pesaba poco, no era fácil llevarla muerta en una carretilla. La rueda se trababa contra piedras y matas obligándome a hacer esfuerzos enormes con cada paso que daba hacia el alambrado. Y a pesar de que la madrugada estaba fresca, como casi todas las madrugadas de primavera en la Patagonia, el sudor me chorreaba por las sienes.

Habría sido más fácil meterme por donde entraban los vehículos, pero ahí podía haber algún sereno o incluso cámaras. Demasiado arriesgado. Por eso preferí empujar la carretilla hacia el alambrado por el medio del campo. Y aunque era la opción que me daba mejores probabilidades de pasar desapercibido, tampoco voy a decir que era una forma discreta, porque con cada una de mis embestidas bruscas para destrabar la rueda el mango de la pala golpeaba contra la chapa emitiendo unos campanazos apagados.

Me detuve un segundo para enjugarme la frente. Casi de manera involuntaria, mi mirada bajó hasta posarse sobre el cuerpo inerte y desnudo de Soledad, que parecía brillar con la luna llena. Me pregunté una vez más cómo podía haber terminado todo así de mal y sentí un revoltijo en el estómago que en las últimas horas ya empezaba a resultarme familiar. Si no me calmaba, iba a volver a vomitar.

Antes de que me invadiera la desesperación, me obligué a cerrar los ojos y evocar un momento feliz. Recordé la ilusión en su cara el día que nos fuimos a vivir juntos a la

casita de Epuyén. Y también me vino a la mente lo preciosa y contenta que estaba para nuestro casamiento, un año después. Sonreí y volví a levantar las asas de la carretilla. Una ráfaga helada me golpeó la cara con un olor acre, a mitad de camino entre tierra de bosque y basura podrida. Ya faltaba menos.

No tuve que usar las tenazas para abrirme paso a través del cerco de alambre. Me bastó con descorrer el pestillo de un portón oxidado que, a juzgar por el chillido de las bisagras, no se usaba demasiado. No me extrañó que no cerraran con candado la entrada secundaria a un lugar así.

Volví a pararme a descansar antes de embarcarme en la parte más difícil del plan. Entonces sentí otra vez el dolor punzante en el estómago, como si una mano invisible me golpeará con todas sus fuerzas para intentar impedirme que continuara. Me doblé, apoyando las palmas sobre las rodillas y cerré los ojos una vez más.

Logré volver a sonreír recordando nuestro primer beso. Hacía cinco años de aquella noche preciosa en El Hoyo, cuando ella aún no era mi Soledad sino una hippie entrañable que se había colado en la fiesta de cumpleaños de mi mejor amigo.

Sacudiéndome los recuerdos, inspiré hondo y levanté la vista. Frente a mí había varios montículos dispuestos en una perfecta cuadrícula, cada uno del tamaño de un camión. Conté trece y empujé la carretilla hasta dejarla al pie del que parecía más reciente. De todos, era el que menos humeaba.

Ayudándome con la pala, comencé a treparlo. A cada paso mis pies se hundían en una esponja tibia de cáscaras de verduras, ramas de poda, y restos de yerba de incontables mates.

Al llegar arriba miré alrededor. Las otras montañas de compost, idénticas a la que yo acababa de subir, despedían densas nubes de vapor en el frío de la noche. Detrás de ellas, a lo lejos, brillaban las luces de El Hoyo, el pueblo donde Soledad y yo nos habíamos conocido.

La pala penetró en la basura con sorprendente facilidad, emitiendo un sonido casi agradable. El olor que se desprendió de los desechos removidos fue mucho menos intenso del que yo había anticipado.

A pesar del calor que brotaba a mis pies, sentí un escalofrío.

No muy lejos, cantó un gallo.

DOS AÑOS ANTES

—Los gallos y las gallinas son fundamentales para nuestro negocio —dijo el viejo acomodándose la boina naranja que llevaba en la cabeza.

—¿Ayudan a remover el compost, no? —preguntó Soledad.

—Sí, y también mantienen a raya a las alimañas. Les encantan las larvas y los gusanos, así que casi no tenemos moscas. Ni roedores. Poca gente sabe que una gallina se puede tragar un ratón entero.

—¿Y a sus clientes no les da asco que los huevos salgan de ahí? —pregunté, más por curiosidad que por reparo propio.

El viejo, que se llamaba Joaquín, negó con la cabeza.

—¿Asco? —intervino Soledad, indignada—. Asco les tendría que dar comprar huevos en el supermercado, que vienen de gallinas hacinadas en jaulas. Pobrecitas, esas sí que no ven un solo bichito en toda su vida.

—De todos modos, los huevos no son nuestro negocio principal —intercedió don Joaquín—. Somos una productora de compost. Lo de las gallinas es un anexo lindo, porque nos ayudan y nos dan un ingreso extra.

—Además le da un toque pintoresco a este lugar — agregué con la vista puesta en las montañas marrones salpicadas de manchas blancas, rojas, negras y grises que escarbaban y picoteaban. Algunas estaban rodeadas de pequeñas manchitas amarillas que piaban sin parar.

—En la Patagonia me parece que somos los únicos que combinamos compost con gallinas —dijo el viejo—. Es raro, porque son el animal perfecto. Les encanta escarbar.

—¿Pero logran llegar hasta el centro de la pila? — pregunté—. En proporción, es como si una persona quisiera hacer un agujero en un cerro.

Don Joaquín largó una carcajada e inmediatamente levantó las manos para disculparse.

—Por suerte no, no logran llegar al centro. Se cocinarían. A medida que la materia orgánica se descompone, va largando calor. Las pilas de este tamaño pueden llegar a noventa grados en el centro. Las gallinas actúan en la superficie, donde no está tan caliente y el proceso de compostaje no es tan rápido. En el centro no hace falta remover nada.

Soledad y yo nos miramos. Con razón la montaña marrón frente a nosotros despedía un vapor blanquecino de su cima plana.

—Cuando cae la primera nevada es espectacular. Sale tanto humo que parecen volcanes. Y en verano hay queregarlas, porque se pueden prender fuego.

—A esa temperatura, la materia orgánica se debe descomponer rapidísimo —sugerí.

—Es impresionante. Un día hicimos una prueba con un carnero muerto. ¿Saben cuánto tardó en transformarse en compost?

—¿Seis meses? —arriesgué.

—Dos meses.

—¿Los huesos también? —preguntó Soledad.

—Huesos, cuernos, pelo, dientes, todo. Entra un

carnero y sale una tierra igual de negra que la que encontrás en el bosque. Dos meses.

Con cada palada, me pregunté si nuestra relación había tenido alguna posibilidad terminar de otra manera. Digo, podríamos haber sido una pareja normal de esas que hacen cosas normales. Pero no, con Soledad las cosas nunca eran sencillas. La prueba de ello era que yo ahora cavaba un agujero en una montaña de compost con su cuerpo desnudo esperando abajo en una carretilla. El amor incondicional a veces saca cosas de dentro nuestro que ni siquiera nosotros mismos sabemos que están ahí.

Eso sí, que nadie cometa el error de juzgarme sin entender primero cómo era mi relación con Soledad. Sobre todo durante los últimos meses, que habían sido los más difíciles. Dos infidelidades no las perdona cualquiera, pero yo por Soledad estaba dispuesto a hacerlo, y lo hice. Aunque lo que verdaderamente me partió el corazón fue que en ningún momento hubo ni un ápice de arrepentimiento por su parte. Ni ningún tipo de vergüenza.

—*Mañana no sabemos si vamos a estar, así que mejor vivir hoy todo lo que podamos, ¿no?*

Eso me lo había dicho todavía desnuda, diez minutos después de que el tipo con el que estaba durmiendo en mi cama saliera corriendo. Así de hippie era Soledad.

Clavé la pala a mis pies y me apoyé sobre el mango para descansar un poco. Mientras me secaba el sudor con la manga, pensé en que si no le hubiera perdonado esos affaires, si hubiera podido cortar a tiempo, esta noche habría sido muy diferente. Si me hubiera alejado de Soledad cuando debí hacerlo, ahora estaría en mi casa mirando la tele y no agarrando la pala para seguir haciendo un agujero donde enterrarla entre restos de pan y cáscaras de huevo.

Pero con el diario del lunes siempre es fácil. Lo cierto es que, a pesar de todo, yo decidí perdonarla. En parte porque para mí Soledad era como un imán y me resultaba imposible despegarme de ella. Una obsesión con todas las letras. Sí, obsesión era la palabra, y las obsesiones por amor siempre terminan mal. En nuestro caso, muy mal.

Cavé cada vez más rápido, intentando en vano que la fatiga física me nublara la mente. Pero ni siquiera pude dejar de pensar cuando el dolor de espalda me anunció que si seguía a ese ritmo me iba a partir la columna en dos. Solo me detuve cuando el calor a mis pies se hizo insoportable.

Bajé del montículo clavando los talones para no resbalar. Al llegar a la carretilla, deslicé mis manos por debajo de las axilas y rodillas heladas de Soledad.

Pensé que me costaría mucho subirla en brazos, pero la adrenalina me jugó a favor. Ahora que ya no había vuelta atrás, mi cuerpo estaba decidido a terminar de hacer lo que Soledad prácticamente me había obligado a hacer y salir de allí cuanto antes.

Puse el cuerpo desnudo en el centro de la inusual tumba. Luego me agaché y le dí un beso entre los pechos, donde hasta hacía poco había latido su corazón.

Empujé con la pala un poco de los desperdicios, que le taparon por completo los pies. Luego le cubrí las piernas, el pubis y el abdomen. Continué —cada vez más lentamente— hasta que sólo quedó a la vista su cara.

Busqué en mis bolsillos algo que me sirviera para improvisar una mortaja para su rostro. Entonces mis dedos se toparon con el papel suave que había desatado toda esta locura. A la luz brillante de la luna llena, leí una vez más la carta de Soledad.

Bueno, lo de leerla es una forma de decir, porque ya me la sabía de memoria.

Blas, mi amor,

Si estás leyendo esto es que estoy muerta. Y si estoy muerta tengo derecho a una última voluntad.

Quiero volver a la tierra. Pero volver de verdad, no en la forma que vuelven casi todos los muertos. Yo quiero ser tierra.

¿En qué momento los humanos nos olvidamos de que somos animales? Coincidirás conmigo en que es absurdo que entre las opciones legales para deshacerse de un cuerpo no exista la más natural. Volver a la tierra en serio, sin zapatos nuevos, ni ropa limpia, ni caja de madera lustrosa.

Creo que la planta de compostaje que visitamos hace unos años sería ideal. Esa cerca de El Bolsón, regentada por aquel señor simpático de boina naranja.

Sé que es muy inusual lo que te estoy pidiendo, pero te aseguro que no es una decisión arrebatada. Llevo meses pensándolo e informándome. También sé que para decidirte a ayudarme necesitarás una explicación, un motivo. No te preocupes, que tengo varios.

Empecemos por el gasto innecesario de recursos. ¿Qué sentido tiene ocupar una parcela de tierra para el resto de la eternidad? ¿No sería mejor que hicieran algo productivo con ese cachito? ¿Para qué meterme en un ataúd barnizado, con herrajes carísimos y un forro de tela suave si ya estaré muerta? ¿Y para qué ponerme zapatos nuevos con tanta gente viva y descalza? Incluso si me cremasen desnuda y sin cajón, ¿para qué gastar tantísima energía, cuando la naturaleza lleva millones de años devolviendo los muertos a la Madre Tierra para que la vida pueda continuar?

Por otra parte, me parece que ya le hacemos bastante daño al planeta mientras estamos vivos como para encima seguir envenenándolo una vez muertos. ¿Sabías que los químicos que les inyectan a los cadáveres antes de enterrarlos son peligrosísimos para quienes los manipulan? Por no hablar de la cremación, que además de emitir cientos de kilos de

dióxido de carbono, volatilizaría todos los metales pesados que hay en mi cuerpo. Hasta el novio de Maia, que trabaja en el crematorio de Bariloche, me da la razón en esto.

Por todo esto, te pido que me ayudes. Y también porque nada me haría más feliz. ¿Te acordás cuando hicimos nuestro primer compost en la casa de Epuyén? Ahora, después de cinco años, me resulta normal que todos los restos de poda, las cáscaras de verdura y la caca de nuestras gallinas se conviertan en fertilizante. Pero en aquel momento, cuando apilamos materia orgánica por primera vez, me pareció magia. Nunca te conté que esa primera noche me costó dormirme de la emoción y de la alegría de pensar que afuera, en nuestro jardín, había una pila de desechos transformándose en algo útil. Quizás esto te parezca demasiado hippie hasta a vos, pero confío en que, aunque no me entiendas, me vas a respetar.

En fin, ¿qué sentido tiene ir en contra de la naturaleza?

El tema legal es bastante complicado, pero no te preocupes que ya lo dejé todo arreglado. El novio de Maia te va a entregar mi cadáver y un certificado de cremación firmado por él mismo. Después, a cualquiera que pregunte le podés mostrar ese papel y decirle que esparciste mis cenizas en el bosque. De todos modos, tampoco es que si te descubren te van a acusar de asesinato, porque todo el mundo sabe que me morí de leucemia en un hospital.

Mi amor, sé que lo que te pido es mucho, pero también sé que lo vas a entender. Después de todo, cuando dijiste «sí, acepto» sabías que no te casabas con una urbanita.

Por favor, Blas. Ni ataúd, ni crematorio. Compost.

Te amo.

Soledad

Le di un beso a la carta y la puse sobre la cara de mi mujer.

Dos paladas más y Soledad quedó completamente cubierta. Me aseguré de apilar más de un metro de materia orgánica sobre ella, recordando entre lágrimas lo que había dicho don Joaquín sobre las temperaturas y el carnero.

Cuando terminé, bajé la montaña arrastrando la pala y mi ánimo. A lo lejos, volvió a cantar un gallo.

EL TESORO DE CAVENDISH

Vi la silueta oscura recortada entre las algas a los veinte minutos de la tercera inmersión del día. Claudio debió de verla al mismo tiempo que yo, porque cuando me giré para avisarle, él ya apuntaba con su índice hacia abajo.

Descendimos rápido hacia el cuerpo, que se mecía inerte en la corriente del fondo de la ría. Estaba boca abajo y tenía puesto todo el equipo de buceo. O casi todo: se le había salido una aleta, dejando al descubierto una bota de goma que yo conocía muy bien.

Claudio y yo apoyamos nuestras rodillas en el fondo cubierto de algas, uno a cada lado del buzo inmóvil. Antes de darlo vuelta, nos miramos durante un instante sin que una sola burbuja saliera de nuestros reguladores. Fue una mirada de resignación. No nos hacía falta verle la cara para saber quién era. Llevábamos doce inmersiones buscándolo en los alrededores de donde habían encontrado anclada su lancha vacía.

Tiré de uno de sus hombros y el cuerpo de Seba giró sobre sí en cámara lenta. Tenía la máscara llena de agua, y dentro de ella los ojos abiertos miraban hacia la nada. Los labios, una de las pocas partes del cuerpo expuestas directamente al agua helada de la Patagonia, habían sido mordisqueados por algún pez.

Claudio me señaló con el pulgar hacia arriba. Asentí. Procurando no volver a mirar la cara lívida de Sebastián, apreté el botón de su chaleco para inflarlo y comenzar el ascenso. No pasó nada. Verifiqué la válvula de conexión al

regulador y volví a apretar el botón. Otra vez, nada. Entonces miré a Claudio y me pasé el canto de la mano por el cuello para indicarle que no quedaba una sola burbuja en la botella de acero sujeta a la espalda de Sebastián.

Me llené los pulmones de aire y me quité el regulador. Metiéndome en la boca la tráquea del chaleco de Sebastián, soplé con fuerza mientras apretaba el botón en el extremo de aquel tubo de plástico. Con la tercera bocanada, el chaleco a medio inflar levantó el torso por encima de las algas. Una más y el cuerpo empezó a moverse lentamente hacia arriba.

Agarrándolo uno de cada brazo, Claudio y yo iniciamos el ascenso para reflotar el cadáver de uno de nuestros mejores amigos.

Cuando llegué al bar del Hotel Isla Pingüino, Javier Valero me esperaba hamacando un whiskey entre las manos. Además de ser un buzo novato —había buceado alguna vez con Sebastián, con Claudio y conmigo—, Valero era el médico forense de Puerto Deseado. El único en doscientos kilómetros a la redonda.

Intercambiamos un saludo casi solemne. Luego hablamos un poco de la ola de frío que hacía una semana que no daba tregua.

—¿Qué dice la autopsia? —me animé al fin a preguntar.

Javier agregó un hielo a su whiskey antes de contestar.

—La terminé hace dos horas —dijo con su eterna voz ronca tras mirar el reloj en su teléfono—. Fue muerte por ahogamiento.

—¿Ahogamiento? No puede ser.

Con la cara detrás del vaso ancho, Javier frunció el ceño.

—Estaba buceando —agregó, como si yo no lo supiera.

—En aguas abiertas. No estaba en una cueva o en un pecio, donde pudiese perderse y no encontrar la salida. ¿Qué harías vos si te quedás sin aire a veinte metros de profundidad?

—Subo —dijo Javier apuntando con el pulgar hacia arriba.

—Yo también. Cualquiera sube. Aunque quisieras quedarte abajo para suicidarte, no podrías. Va totalmente en contra del instinto de supervivencia. Ante la desesperación, cualquiera se saca el cinturón de plomo y asciende. Aunque después te tengan que recomprimir en una cámara hiperbárica.

Vi por el rabillo del ojo que el mozo se acercaba con la carta en la mano. La rechacé y le pedí un café doble. Esperé a que se alejara para volver a hablar.

—Un buzo con cientos de inmersiones como Sebastián no se queda sin aire porque sí. ¡Si hasta lo que había en el chaleco de flotación respiró! Lo tenía completamente vacío.

—Quizás lo había desinflado durante la inmersión para mantenerse pegado al fondo —ofreció el forense.

—Difícil, Javier. Alguien con la experiencia de Sebastián no bucea arrastrándose por el fondo como un novato. Él tenía un control de flotabilidad impresionante. No —concluí—, la única explicación que le encuentro es que cuando ya no le quedó más aire en la botella dio las últimas bocanadas usando el del chaleco.

Javier analizó por un instante mis palabras.

—Como buzo estoy de acuerdo, Ariel. Pero como médico forense me limito a examinar el cadáver y reportar lo que veo. En el caso de Sebastián, ya te dije, es muerte por ahogamiento. Unas setenta y dos horas antes de que vos lo encontraras.

—¿No puede ser que lo mataran? A lo mejor lo asfixiaron y después lo tiraron al agua.

—No, porque encontré diatomeas en la médula, los

riñones y en el hígado.

No hizo falta que le preguntara qué eran las diatomeas.

—Son unas algas microscópicas que están presentes en casi todo tipo de agua. Cuando alguien se está ahogando e intenta respirar agua, los capilares de los pulmones se desgarran. Las diatomeas entran al torrente sanguíneo y terminan en varios órganos. Si lo hubieran tirado muerto, quizás se le hubieran llenado los pulmones de agua, pero no habría diatomeas.

Hubo un silencio en el que el médico hundió la mirada en el vaso vacío y se pasó la mano por la cabeza, intentando encontrarle una explicación a aquella muerte.

—A lo mejor se quedó enganchado con algo y no pudo librarse antes de que se le acabara el aire —sugirió—. Una red, por ejemplo. O las algas mismas. ¿No lo encontraste entre unos cachiyuyos?

—Sí, pero el cuerpo estaba totalmente liberado. Además, tenía el cuchillo atado a la pantorrilla. Si se hubiera enredado con algo, lo habría sacado para intentar liberarse.

—Es cierto. Además, no encontré hematomas o laceraciones que indicaran que se hubiese quedado atrapado.

—Hay algo más —dije, bajando la voz—. ¿Por qué tenía un kilo de más en el cinturón de plomo? Sebastián siempre, desde hacía años, buceaba con siete kilos de lastre. ¿Por qué ese día llevaba ocho?

Javier encogió los hombros y el mozo llegó con mi café.

—Es imposible que se haya quedado sin aire hasta ahogarse —le repetí al policía.

Después de dos días encerrado en mi casa dándole vueltas al asunto, estaba convencido de que lo de Sebastián no podía haber sido negligencia suya.

—Tiene que haber habido alguien ahí abajo con él —agregué—. Alguien que lo sujetara, o lo atara a algo hasta que se le terminara el aire. Y después lo liberara, para que todo pareciera un accidente.

—Hábleme del tesoro de Cavendish —dijo el oficial.

La pregunta me dejó paralizado.

—¿A qué viene eso ahora? Le estoy diciendo que a Sebastián lo asesinaron.

El policía se inclinó sobre mí, apoyando despacio la mano en la mesa metálica que nos separaba. El sonido de su alianza de casamiento chocando con el acero inoxidable pareció amplificarse en la sala vacía donde me interrogaba.

—Soy yo el que pregunta. Hábleme de ese tesoro.

—Hay... hay un rumor en el pueblo —titubeé—. Siempre lo hubo en realidad, de que cuando Cavendish paró en Puerto Deseado en 1586 enterró un lote de oro y joyas que le había capturado a un galeón español en la desembocadura del Río de la Plata.

—Piratas y tesoros. Me gusta.

—Cavendish era corsario, no pirata.

El policía me miró sin pestañear.

—Y usted junto con Sebastián Ramírez buscaban ese tesoro hacía meses, ¿no es así?

Negué.

—Nosotros nunca buscamos ese tesoro. Aunque hubiéramos querido, no habríamos sabido siquiera por dónde empezar.

—En el club náutico me dijeron otra cosa —se apresuró a contestar el policía—. Más de uno afirma haberlos oído hablar de ese tesoro y otros me aseguraron que de vez en cuando Ramírez y usted buceaban para buscarlo.

Me tiré hacia atrás en la silla y negué con la cabeza. No era el momento ni el lugar, pero recordar nuestras conversaciones sobre el botín de Cavendish hizo que en mi cara aflorara una sonrisa nostálgica.

—Eso era una broma que hacíamos. Un día en el bar del club alguien mencionó la historia de ese tesoro y yo dije que tenía pruebas de que existía. Seba me siguió la corriente y agregó que lo estábamos buscando. A partir de ese día, cada vez que volvíamos de bucear y nos tomábamos una cerveza en el bar del club le contábamos la historia del tesoro de Cavendish a quien quisiera escucharnos.

—¿Cuándo empezó todo esto?

—Hace seis meses, más o menos. Decíamos que habíamos buceado en tal o cual lugar, que coincidía con las descripciones de los documentos que teníamos, pero que por lo pronto no había habido suerte.

—O sea que nunca hubo un tesoro de Cavendish.

—No lo sé, pero si lo hay, lo más probable es que esté enterrado en tierra firme. ¿Qué sentido tenía tirarlo al mar, si en aquella época no podían bucear para recuperarlo?

El policía se acarició la alianza con el pulgar mientras consideraba mi respuesta.

—¿Qué ganaban Sebastián Ramírez y usted inventándose algo así?

—Divertirnos un rato, nada más. Ver hasta dónde llegaba la máquina de los rumores del pueblo. Habíamos creado un mito casi por accidente y ahora queríamos inflarlo para ver cuánto aguantaba sin explotar. Conociendo a Sebastián, no iba a parar hasta ver gente buceando en busca del tesoro.

—Parece que lo logró —dijo el policía.

Del bolsillo de la camisa sacó un teléfono y lo puso sobre la mesa metálica.

—¿Qué quiere decir?

—Escuche —dijo, y tocó la pantalla un par de veces hasta que del aparato salió su propia voz.

—Cuénteme cómo murió Sebastián Ramírez.

—Fue sin intención, se lo juro. De la rabia, no reparé en que estábamos sobre una roca cubierta de algas húmedas. En cualquier otro lugar, no se habría resbalado.

Me quedé petrificado al escuchar aquella respuesta en la inconfundible voz ronca de Javier, el médico forense.

—¿Y usted qué hizo cuando Ramírez cayó, doctor Valero?

—Intenté reanimarlo, se lo juro. Pensé que al golpearse la cabeza había quedado inconsciente. Empecé a practicarle asistencia cardiorrespiratoria de inmediato, pero no sirvió de nada.

—¿Dónde estaban?

—Frente a la Cueva de los Leones. En unas de las rocas que quedan descubiertas con marea baja.

La grabación se quedó en silencio durante un instante.

—¿Y lo empujó para que le dijera dónde estaba el botín de Cavendish? —preguntó el policía.

—No, al contrario. Le conté que había oído a él y a Ariel Ortiz hablar del tesoro en el club náutico y que me había entusiasmado tanto con la idea que llevaba seis meses leyendo sobre Cavendish. Incluso había señalado en un mapa de la ría los lugares donde podía estar hundido. Le dije que me gustaría participar en la búsqueda.

—Y él no aceptó.

—No. Bueno, ni siquiera eso. Ya le dije, fue un accidente. Sebastián empezó a reírse a carcajadas y me dijo que era imposible que Cavendish hubiera tirado su tesoro al agua en vez de enterrarlo. Pero yo no le creí. Llevaba tanto tiempo leyendo sobre el corsario que ya me había convencido de que tenía que ser verdad. Después de todo, es el mismo corsario que capturó al Galeón de Manila Santa Ana y se llevó veinte toneladas de plata un año después de pasar por Puerto Deseado.

—Un año *después* —repitió el policía con cierto

sarcasmo.

—Le insistí —continuó Javier Valero—, pero Sebastián sostuvo que no sabía nada de ningún tesoro. No le creí, ¿pero qué más podía hacer? Decidí pegar la vuelta e irme. Me estaba subiendo a mi lancha cuando le oí decir que le parecía ridículo que yo me creyera una estupidez así. *Que se lo traguen los borrachines del bar del club sí, pero ¿un tipo instruido como vos?*, me dijo.

El médico aspiró ruidosamente por la nariz antes de continuar.

—No pretendo justificarme, pero le aseguro que fue un impulso que no pude controlar. Reaccioné mal, como un chico del que se ríen en el patio de la escuela.

—¿Qué hizo usted exactamente?

—Caminé hacia él y lo empujé. Le juro que no tuve la menor intención de...

Javier Valero dejó la frase a medias.

—¿Ramírez estaba a punto de saltar al agua para comenzar una inmersión cuando usted lo agredió?

—No, acababa de llegar con su lancha, y yo llegué atrás con la mía.

—¿Qué embarcación tiene usted, Valero?

—Una Zodiac de color azul. Motor Yamaha de ocho caballos.

—Y con ella había estado siguiendo a Ramírez.

—Sí, pero no tenía intención de hacerle nada. Me bajé a hablarle porque esa roca coincidía con uno de los puntos que yo había señalado en mi mapa.

—O sea que usted le puso el equipo de buceo y lo tiró al agua para que pareciera un accidente.

—¡Es que fue un accidente!

Después de pegar aquel grito, el forense se mantuvo en silencio durante varios segundos. En la grabación sólo se oía un zumbido agudo.

—Cuando me di cuenta de que estaba muerto, me

desesperé. Le vacié todo el aire de la botella para que cerrara más con la teoría de que se había ahogado. Sabía que tarde o temprano alguien iba a hallar el cuerpo.

—Pero eso no le preocupaba demasiado, supongo. Siendo el único médico forense en todo el pueblo, sería usted quien hiciera la autopsia y tuviera la última palabra en cuanto a la causa de la muerte.

—¿Cómo supieron que fui yo?

En la grabación se oyó sonido de papel, y el policía se aclaró la voz.

—Dada la presencia de diatomeas en médula ósea, hígado y ambos riñones, se concluye que el fallecimiento de Sebastián Ramírez se ha producido por ahogamiento —leyó.

Hubo un silencio de varios segundos.

—Ambos riñones —repitió el policía—. ¿Sabe que al otro día de que usted firmara este informe vino a verme la hermana de Sebastián Ramírez? Como muchos que acaban de perder a un ser querido, estaba muy nerviosa. Fuera de quicio, le diría.

El policía hizo una pausa. Pude oírlo tragar un líquido y largar el aliento, satisfecho.

—Entró a la comisaría hecha una furia, pidiendo a los gritos hablar con el oficial a cargo de la investigación. Ése vengo a ser yo. Como suele ser en estos casos, se quejó de la falta de profesionalidad de Dios y de María Santísima. De la mía, de la del juez y sobre todo de la suya, Valero. Dijo que éramos todos unos ineptos, empezando por un forense que ni siquiera se dio cuenta de que su hermano tenía un solo riñón.

Oí cómo la respiración ruidosa del médico se aceleraba.

—Tuvo mucha mala suerte, doctor. Según míster Google, sólo una de cada setecientas cincuenta personas nace con esta malformación.

Javier Valero soltó un quejido ronco, a medio camino entre llanto y gruñido.

—Cálmese que todavía falta. Porque si hubiera sido sólo ese detalle, quizás habría pasado como un descuido de su parte. Después de todo, imagino que un médico está predispuesto a encontrarse con dos riñones ahí adentro.

—Fue un accidente, ya le dije.

—Un accidente que usted no habría confesado si no lo íbamos a buscar. En fin, resulta que ayer tuvimos otra visita en la comisaría. Adrián Cafa, seguro que lo conoce del club náutico. Suele salir a pescar en *La Golosa*, un botecito de madera viejo que heredó de su tío.

—Lo conozco —murmuró Valero.

—Dice que cuando vio la noticia de la muerte en El Orden, recordó que hacía un poco más de una semana había visto dos lanchas ancladas cerca de unas rocas frente a la Cueva de los Leones. Una era la de Ramírez, de color rojo. La otra era una Zodiac azul. En el club náutico me dijeron que hay una sola en todo el pueblo.

—Se me fue de las manos. Le juro que nunca quise hacerle daño.

—No se preocupe, que la ley contempla estas cosas. Perpetua seguro que no le dan. En quince o veinte años está buceando de nuevo, doc. Autopsias no creo que vuelva a hacer, pero a lo mejor tiene suerte y encuentra algún tesoro.

GRACIAS POR LEERME

¡Muchísimas gracias por leerme! Espero que hayas disfrutado con esta historia. Me tomo el atrevimiento de pedirte que me ayudes a llegar a más lectores compartiendo tu opinión. Podés hacerlo hablando del libro con personas de carne y hueso, publicando algo en redes sociales o, si lo compraste por internet, dejando una reseña en la web donde lo adquiriste. A vos sólo va a llevarte un minuto, pero el impacto positivo que tiene para mí es enorme.

Por último, me gustaría invitarte a formar parte de mi círculo más cercano de lectores dándote de alta en mi lista de correo. La uso para enviar cuentos inéditos, adelantar capítulos, compartir escenas extras de mis libros que quedaron fuera de la versión final y avisar cuando publico algo nuevo. No suelo escribir más de un correo por mes, así que no te preocupes porque no te voy a llenar la bandeja de entrada (y nada de SPAM, lo prometo). Para darte de alta, encontrarás un botón en mi página web.

Una vez más, gracias por estar ahí. Leyéndome, le das sentido a lo que hago.

SOBRE EL AUTOR

Cristian Perfumo escribe *thrillers* ambientados en la Patagonia Argentina, donde se crio.

El primero, *El secreto sumergido* (2011), está inspirado en una historia real y lleva ya ocho ediciones, con miles de copias vendidas en todo el mundo.

En 2014 publicó *Dónde enterré a Fabiana Orquera*, que agotó varias ediciones en papel y en julio de 2015 se convirtió en el séptimo libro más vendido de Amazon en España y el décimo en México.

Cazador de farsantes (2015), su tercera novela con frío y viento, también agotó la primera tirada.

El coleccionista de flechas (2017) ganó el Premio Literario de Amazon, al que se presentaron más de 1800 obras de autores de 39 países, y está siendo adaptada a la pantalla.

Rescate gris (2018) fue finalista del Premio Clarín de Novela 2018, uno de los galardones literarios más importantes de Latinoamérica, y más tarde fue publicado por la editorial Suma de Letras.

En 2020 publicó *Los ladrones de Entrevientos*, una novela de atracos que ha sido definida por la crítica como «*La casa de papel* en la Patagonia».

En 2021 publicó *Los crímenes del glaciar*, una novela negra ambientada por partes iguales en la Patagonia y los alrededores de Barcelona que se convirtió en best-seller en Amazon. En 2022 publicó *Los huesos de Sara* (2022), un *thriller* de misterio que traslada al lector a una excavación paleontológica en uno de los rincones más desconocidos y particulares de la Patagonia.

Recientemente ha publicado *El manuscrito perdido de El principito*, un *thriller* de aventuras que une la Patagonia con Nueva York, París y Barcelona.

Sus libros han sido traducidos al inglés, al francés, al polaco y editados en formatos audiolibro y braille.

Tras vivir años en Australia, Cristian está radicado en Barcelona.

Más novelas de Cristian Perfumo

EL MANUSCRITO PERDIDO DE EL PRINCIPITO



LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS. LOS MOTIVOS DE UN ASESINO, A VECES TAMBIÉN

Argentina, 1930. Doce años antes de escribir *El principito*, Antoine de Saint-Exupéry trabaja en la Patagonia argentina como piloto de avión. Aprovecha cualquier momento libre en un hotel, aeródromo o incluso el aire para llenar con letra apretada su pequeña libreta.

Barcelona, 2023. Santiago Sotomayor, un investigador privado al borde de la quiebra, es contratado por una de las empresarias más importantes del país. Su hija Ariadna se marchó a la Patagonia para estudiar un manuscrito inédito de Antoine de Saint-Exupéry. Iba a ser un viaje de tres meses, pero lleva allí casi un año. Su madre sospecha que la ha captado una secta. Sin embargo, cuando Sotomayor viaja a la Patagonia descubre que Ariadna tiene problemas mucho más graves.

**UN MANUSCRITO QUE VALE MILLONES
UN HOMBRE TORTURADO Y ASESINADO
UNA CARRERA POR MEDIO MUNDO EN BUSCA DE LA VERDAD**

LOS HUESOS DE SARA



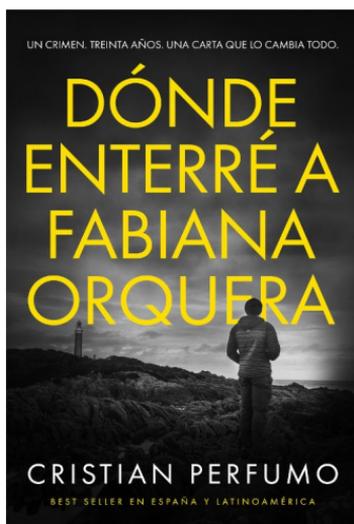
Hay secretos que deberían permanecer enterrados para siempre

El cráneo del dinosaurio carnívoro más grande del mundo ha desaparecido del remoto sitio de la Patagonia donde estaba siendo excavado. Teresa Estévez, la paleontóloga que lidera la expedición, descubre que el ladrón ha dejado en su lugar una falange humana y una críptica nota con una única interpretación posible: el hueso pertenece a su mentora, Sara Lombardi, desaparecida en ese mismo lugar cuatro años atrás.

Con la ayuda de un periodista, Teresa se embarcará en una peligrosa carrera por recuperar uno de los fósiles más valiosos del planeta al mismo tiempo que descubre qué pasó con Sara Lombardi.

No te pierdas este thriller de misterio que te hará descubrir un rincón único de la Patagonia a través de la adictiva pluma de Cristian Perfumo, ganador del Premio Literario de Amazon y escritor best-seller en España y Latinoamérica.

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA



Verano de 1983: En una casa de campo de la Patagonia, a quince kilómetros del vecino más próximo, un político local despierta en el suelo. No tiene ni un rasguño, pero su pecho está empapado en sangre y junto a él hay un cuchillo. Desesperado, busca a su amante por toda la casa. Viajaron allí para pasar unos días juntos sin tener que esconderse. Todavía no sabe que ya nunca volverá a verla. Ni que la sangre que le moja el pecho tampoco es de ella.

Verano de 2013: Nahuel ha pasado casi todos los veranos de su vida en esa casa. Por casualidad, un día encuentra una vieja carta cuyo autor anónimo confiesa haber matado a la amante del candidato. El asesino plantea una serie de enigmas que prometen revelar su identidad y la ubicación del cuerpo. A medida que descifra pistas, Nahuel descubre que, incluso después de treinta años, hay quien prefiere que nunca se sepa la verdad sobre uno de los misterios más intrincados de aquella inhóspita parte del mundo.

¿Qué pasó con Fabiana Orquera?

LOS LADRONES DE ENTREVIENTOS

Durante años, trabajó para ellos. Ahora va a desvalijarlos.

Entrevientos no ha cambiado. Sigue siendo una de las minas de oro más remotas de la Patagonia y del mundo. Sin embargo, para Noelia Viader se ha convertido en un sitio totalmente diferente. Hace un año era su lugar de trabajo y hoy es una cruz roja en el mapa sobre el que repasa los detalles del atraco.

Tras catorce años alejada del mundo criminal, Noelia retoma el contacto con un mítico ladrón de bancos al que le debe la vida. Juntos reúnen a la banda que planea llevarse de Entrevientos cinco mil kilos de oro y plata.

Tienen dos horas antes de que llegue la policía. Si lo logran, los diarios hablarán de un robo magistral. Y ella habrá hecho justicia.



«Como *La casa de papel*, pero en la Patagonia»

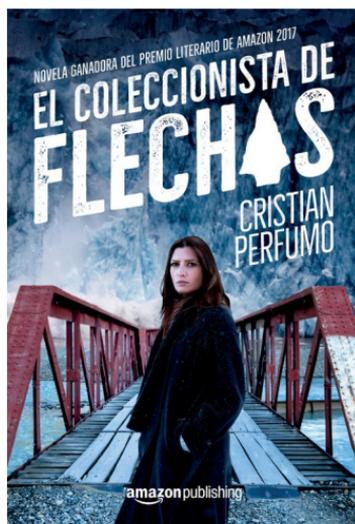
www.cristianperfumo.com

EL COLECCIONISTA DE FLECHAS

La calma de una pequeña localidad patagónica se rompe cuando uno de sus vecinos aparece muerto con signos de tortura en su sofá.

Para la criminóloga Laura Badía, este es el caso de su vida: además de la brutalidad del asesinato, de la casa de la víctima han desaparecido trece puntas de flecha talladas hace miles de años por el pueblo tehuelche y cuyo valor es incalculable.

Con la ayuda de un arqueólogo venido de Buenos Aires, Laura se embarcará en la resolución de un misterio que no solo la llevará al glaciar Perito Moreno y a los enclaves más remotos de la Patagonia, sino también a recorrer el lado más oscuro de la mente humana, un lugar donde las mentiras y la codicia se esconden en cada recodo del camino.



Ganadora del Premio Literario de Amazon

www.cristianperfumo.com

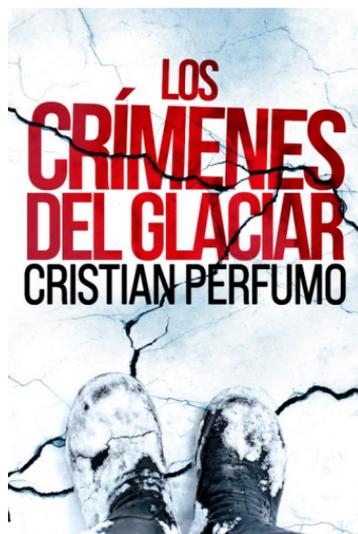
LOS CRÍMENES DEL GLACIAR

El cuerpo de un turista aparece congelado en el glaciar más grande de la Patagonia. Murió sobre el hielo, de un disparo en el vientre, hace treinta años.

Pero tú, que te llamas Julián y eres de Barcelona, ignoras que esto te cambiará la vida.

Para entenderlo, primero deberás saber que tu padre tenía un hermano del que nunca te habló. Después, que ese hermano acaba de morir. Y, por último, que en su testamento figuras como único heredero de una misteriosa propiedad en El Chaltén, un idílico pueblo de la Patagonia.

Viajarás hasta allí para venderla, pero cometerás el error de hacer demasiadas preguntas. Entonces comprenderás que, treinta años después del crimen, en El Chaltén se esconde alguien dispuesto a borrar del mapa con tal de que no llegues a la verdad.



www.cristianperfumo.com

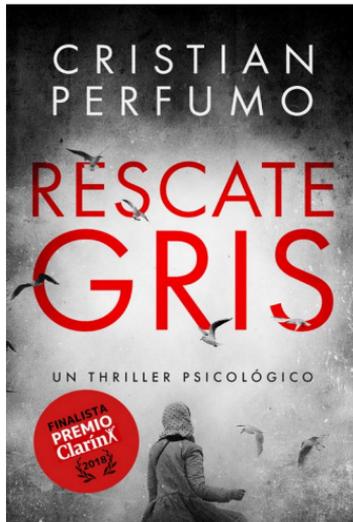
RESCATE GRIS

Puerto Deseado, Patagonia Argentina, 1991. Raúl necesita dos trabajos para llegar a fin de mes. Cuando apaga el despertador para ir al primero de ellos, sabe que algo va mal. Su pequeño pueblo ha amanecido cubierto por la ceniza de un volcán y Graciela, su mujer, no está en casa.

Todo parece indicar que Graciela se ha ido por voluntad propia... hasta que llega la llamada de los secuestradores. Las instrucciones son claras: si quiere volver a verla, tiene que devolver el millón y medio de dólares que robó.

El problema es que Raúl no robó nada.

No te pierdas este thriller psicológico ambientado en una de las épocas más convulsas e inolvidables de la historia de la Patagonia: los días de la erupción del volcán Hudson.



Finalista del Premio Clarín de Novela

EL SECRETO SUMERGIDO

Marcelo, un joven buzo aficionado, busca en las aguas heladas de la Patagonia el lugar exacto del hundimiento de la Swift, una corbeta británica del siglo XVIII. Cuando la persona que más sabe del naufragio en todo el país aparece asesinada con un mensaje extraño en el regazo, Marcelo descubre que su inocente pasatiempo constituye una amenaza enorme para cierta gente. No sabe a quién se enfrenta, pero sí que compite con ellos por reflotar un secreto que, después de dos siglos bajo el mar, podría cambiar la historia de aquella parte remota del planeta. Encontrarlo será difícil. Seguir con vida, aún más.



**Basada en una historia real. ¡Miles de ejemplares
vendidos en todo el mundo!**

www.cristianperfumo.com

CAZADOR DE FARSANTES

“Si estás viendo esto, es porque estoy muerto”, dice a la cámara el periodista Javier Gondar pocas horas antes de que le peguen un balazo en la cabeza. En el video, Gondar señala como culpable de su asesinato al Cacique de San Julián, uno de los curanderos más famosos de la Patagonia.

Tras una experiencia difícil, Ricardo Varela se inicia en un extraño hobby: filmar con cámara oculta a chamanes y brujos de su ciudad y exponer sus trucos en Internet. No sabe si existe la brujería, ni le interesa demasiado. De lo que sí está seguro es que su ciudad está llena de farsantes sin escrúpulos dispuestos a prometer salud, dinero y amor a cualquiera que quiera creer. Y pagar.

Para Ricardo, enfrentarse al Cacique es la única forma de cerrar una herida que lleva dos años abierta. Sabe que tendrá que poner en riesgo su vida, y no le importa. Lo que no se imagina es que ese brujo no es más que el primer eslabón de una macabra trama que lleva años cobrándose vidas en nombre de la fe.

